

PABLO NERUDA

PLENOS PODERES

---

TERCERA EDICIÓN  
EDITORIAL LOSADA, S. A.  
BUENOS AIRES

Edición expresamente autorizada para la  
BIBLIOTECA CLASICA Y CONTEMPORÁNEA

Marca y características gráficas registradas  
en la Oficina de Patentes y Marcas de la Nación

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© Editorial Losada, S. A.  
Alsina 1131,  
Buenos Aires, 1962

Tercera edición: 21-111-1974

IMPRESO EN LA ARGENTINA  
PRINTED IN ARGENTINA

Este libro  
se terminó de imprimir  
el día 21 de marzo de 1974  
en los talleres gráficos de la  
COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A.,  
Alsina 2049, Buenos Aires.

La edición consta de quince mil ejemplares

## **DEBER DEL POETA**

A QUIEN no escucha el mar en este viernes  
por la mañana, a quien adentro de algo,  
casa, oficina, fábrica o mujer,  
o calle o mina o seco calabozo:  
a éste yo acudo y sin hablar ni ver  
llego y abro la puerta del encierro  
y un sin fin se oye vago en la insistencia,  
un largo trueno roto se encadena  
al peso del planeta y de la espuma,  
surgen los ríos roncós del océano,  
vibra veloz en su rosal la estrella  
y el mar palpita, muere y continúa.

Así por el destino conducido  
debo sin tregua oír y conservar  
el lamento marino en mi conciencia,  
debo sentir el golpe de agua dura  
y recogerlo en una taza eterna  
para que donde esté el encarcelado,  
donde sufra el castigo del otoño  
yo esté presente con una ola errante,  
yo circule a través de las ventanas  
y al oírme levante la mirada  
diciendo: cómo me acercaré al océano?  
Y yo transmitiré sin decir nada  
los ecos estrellados de la ola,  
un quebranto de espuma y arenales,  
un susurro de sal que se retira,  
el grito gris del ave de la costa.

Y así, por mí, la libertad y el mar  
responderán al corazón oscuro.

## LA PALABRA

NACIÓ

la palabra en la sangre,  
creció en el cuerpo oscuro, palpitando,  
y voló con los labios y la boca.

Más lejos y más cerca  
aún, aún venía  
de padres muertos y de errantes razas,  
de territorios que se hicieron piedra,  
que se cansaron de sus pobres tribus,  
porque cuando el dolor salió al camino  
los pueblos anduvieron y llegaron  
y nueva tierra y agua reunieron  
para sembrar de nuevo su palabra.  
Y así la herencia es ésta:  
éste es el aire que nos comunica  
con el hombre enterrado y con la aurora  
de nuevos seres que aún no amanecieron.

Aún la atmósfera tiembla  
con la primera palabra  
elaborada  
con pánico y gemido.  
Salió  
de las tinieblas  
y hasta ahora no hay trueno  
que truene aún con su ferretería  
como aquella palabra,  
la primera  
palabra pronunciada:  
tal vez sólo un susurro fue, una gota,  
y cae y cae aún su catarata.

Luego el sentido llena la palabra.  
Quedó preñada y se llenó de vidas.  
Todo fue nacimientos y sonidos:  
la afirmación, la claridad, la fuerza,  
la negación, la destrucción, la muerte:  
el verbo asumió todos los poderes  
y se fundió existencia con esencia  
en la electricidad de su hermosura.

Palabra humana, sílaba, cadera  
de larga luz y dura platería,  
hereditaria copa que recibe  
las comunicaciones de la sangre:  
he aquí que el silencio fue integrado  
por el total de la palabra humana  
y no hablar es morir entre los seres:  
se hace lenguaje hasta la cabellera,  
habla la boca sin mover los labios:  
los ojos de repente son palabras.

Yo tomo la palabra y la recorro

como si fuera sólo forma humana,  
me embelesan sus líneas y navego  
en cada resonancia del idioma:  
pronuncio y soy y sin hablar me acerca  
al fin de las palabras, al silencio.

Bebo por la palabra levantando  
una palabra o copa cristalina,  
en ella bebo  
el vino del idioma  
o el agua interminable,  
manantial maternal de las palabras,  
y copa y agua y vino  
originan mi canto  
porque el verbo es origen  
y vierte vida: es sangre,  
es la sangre que expresa su substancia  
y está dispuesto así su desarrollo:  
dan cristal al cristal, sangre a la sangre,  
y dan vida a la vida las palabras.

## **OCÉANO**

CUERPO más puro que una ola,  
sal que lava la línea,  
y el ave lúcida  
volando sin raíces.

## **AGUA**

TODO EN LA TIERRA se encrespó, la zarza  
clavó y el hilo verde  
mordía, el pétalo cayó cayendo  
hasta que única flor fue la caída.  
El agua es diferente,  
no tiene dirección sino hermosura,  
corre por cada sueño de color,  
toma lecciones claras  
de la piedra  
y en esos menesteres elabora  
los deberes intactos de la espuma.

## **EL MAR**

UN SOLO SER, pero no hay sangre.  
Una sola caricia, muerte o rosa.  
Viene el mar y reúne nuestras vidas  
y sólo ataca y se reparte y canta  
en noche y día y hombre y criatura.  
La esencia: fuego y frío: movimiento.



## **NACE**

YO AQUÍ vine a los límites  
en donde no hay que decir nada,  
todo se aprende con tiempo y océano,  
y volvía la luna  
sus líneas plateadas  
y cada vez se rompía la sombra  
con un golpe de ola  
y cada día en el balcón del mar  
abre las alas, nace el fuego  
y todo sigue azul como mañana.

## **TORRE**

LA LÍNEA lava el mundo,  
oh inmutable frescura,  
oh larga espada:  
cortas  
el desorden,  
allí queda el naufragio,  
aquí la estrella,  
de punto a punto a punto  
circula por la línea  
la pureza  
y es invariable el clima,  
segura la medida,  
firme el muro del ángulo  
mientras el aire cambia y cruza  
la torre  
pura  
de la geometría.

## **PLANETA**

HAY PIEDRAS de agua en la luna?  
Hay aguas de oro?  
De qué color es el otoño?  
Se unen uno a uno los días  
hasta que en una cabellera  
se desenlazan? Cuánto cae  
—papeles, vino, manos, muertos—  
de la tierra en esa comarca?

Viven allí los ahogados?

## ***EL DESNUDO***

ESTA RAYA es el Sur que corre,  
este círculo es Oeste,  
las madejas las hizo el viento  
con sus capítulos más claros  
y es recto el mediodía como  
un mástil que sostiene el cielo  
mientras vuelan las líneas puras  
de silencio en silencio hasta ser  
las aves delgadas del aire,  
las direcciones de la dicha.

## EN LA TORRE

EN ESTA grave torre  
no hay combate:  
la niebla, el aire, el día  
la rodearon, se fueron  
y me quedé con cielo y con papel,  
solitarias dulzuras y deberes.  
Pura torre de tierra  
con odio y mar lejanos  
removida  
por la ola del cielo;  
en la línea, en la palabra, cuántas  
sílabas he dicho?

Bella es la incertidumbre del rocío,  
en la mañana cae  
separando  
la noche de la aurora  
y su glacial regalo  
permanece  
indeciso, esperando el duro sol  
que lo herirá de muerte.  
No se sabe  
si cerramos los ojos o la noche  
abre en nosotros ojos estrellados,  
si cava en la pared de nuestro sueño  
hasta que abre una puerta.  
Pero el sueño  
es el veloz vestido de un minuto:  
se gastó en un latido  
de la sombra  
y cayó a nuestros pies, deshabitado,  
cuando se mueve el día y nos navega.

Ésta es la torre desde donde veo  
entre la luz y el agua sigilosa  
al tiempo con su espada  
y me apresuro entonces a vivir,  
respiro todo el aire,  
me enajena el desierto  
que se construye sobre la ciudad  
y hablo conmigo sin saber con quién  
deshojando el silencio  
de la altura.

## **PÁJARO**

CAÍA DE UN pájaro a otro  
todo lo que el día trae,  
iba de flauta en flauta el día,  
iba vestido de verdura  
con velos que abrían un túnel,  
y por allí pasaba el viento  
por donde las aves abrían  
el aire compacto y azul:  
por allí entraba la noche.

Cuando volví de tantos viajes  
me quedé suspendido y verde  
entre el sol y la geografía:  
vi cómo trabajan las alas,  
cómo se transmite el perfume  
por un telégrafo emplumado  
y desde arriba vi el camino,  
los manantiales, las tejas,  
los pescadores a pescar,  
los pantalones de la espuma,  
todo desde mi cielo verde.  
No tenía más alfabeto  
que el viaje de las golondrinas,  
el agua pura y pequeñita  
del pequeño pájaro ardiendo  
que baila saliendo del polen.

## **SERENATA**

CON LA MANO recojo este vacío,  
imponderable noche, familias estrelladas,  
un coro más callado que el silencio,  
un sonido de luna, algo secreto, un triángulo,  
un trapecio de tiza.

Es la noche oceánica, la soledad tercera,  
una vacilación abriendo puertas, alas,  
la población profunda que no tiene presencia  
palpita desbordando los nombres del estuario.

Noche, nombre del mar, patria, racimo, rosa!

## **EL CONSTRUCTOR**

YO ESCOGÍ la quimera,  
de sal helada construí la estatua:  
fundé el reloj en plena lluvia  
y vivo sin embargo.

Es verdad que mi largo poderío  
subdividió los sueños  
y sin que yo supiera levantaban  
muros, separaciones, incesantes.

Entonces fui a la costa.

Yo vi cuando nació la embarcación,  
la toqué, lisa como el pez sagrado:  
tembló como la cítara de Dios,  
la madera era pura,  
tenía olor a miel.  
Y cuando no volvía,  
la nave no volvía  
todos se sumergieron en sus lágrimas  
mientras yo regresaba a la madera  
con el hacha desnuda como estrella.

Mi religión eran aquellas naves.

No tengo más remedio que vivir.



## **PARA LAVAR A UN NIÑO**

SÓLO EL AMOR más viejo de la tierra  
lava y peina la estatua de los niños,  
endereza las piernas, las rodillas,  
sube el agua, resbalan los jabones,  
y el cuerpo puro sale a respirar  
el aire de la flor y de la madre.

Oh vigilancia clara!  
Oh dulce alevosía!  
Oh tierna guerra!

Ya el pelo era tortuoso  
pelaje entrecruzado por carbones,  
por aserrín y aceite,  
por hollines, alambres y cangrejos,  
hasta que la paciencia  
del amor  
estableció los cubos, las esponjas,  
los peines, las toallas,  
y de fregar y de peinar y de ámbar,  
de antigua parsimonia y de jazmines  
quedó más nuevo el niño todavía  
y corrió de las manos de la madre  
a montarse de nuevo en su ciclón,  
a buscar lodo, aceite, orines, tinta,  
a herirse y revolcarse entre las piedras.  
Y así recién lavado salta el niño a vivir  
porque más tarde sólo tendrá tiempo  
para andar limpio, pero ya sin vida.

## **ODA PARA PLANCHAR**

LA POESÍA es blanca:  
sale del agua envuelta en gotas,  
se arruga y se amontona,  
hay que extender la piel de este planeta,  
hay que planchar el mar de su blancura  
y van y van las manos,  
se alisan las sagradas superficies  
y así se hacen las cosas:  
las manos hacen cada día el mundo,  
se une el fuego al acero,  
llegan el lino, el lienzo y el tocuyo  
del combate de las lavanderías  
y nace de la luz una paloma:  
la castidad regresa de la espuma.

## LOS NACIMIENTOS

NUNCA RECORDAREMOS haber muerto.

Tanta paciencia  
para ser tuvimos  
anotando  
los números, los días,  
los años y los meses,  
los cabellos, las bocas que besamos,  
y aquel minuto de morir  
lo dejaremos sin anotación:  
se lo damos a otros de recuerdo  
o simplemente al agua,  
al agua, al aire, al tiempo.  
Ni de nacer tampoco  
guardamos la memoria,  
aunque importante y fresco fue ir naciendo;  
y ahora no recuerdas un detalle,  
no has guardado ni un ramo  
de la primera luz.

Se sabe que nacemos.

Se sabe que en la sala  
o en el bosque  
o en el tugurio del barrio pesquero  
o en los cañaverales crepitantes  
hay un silencio enteramente extraño,  
un minuto solemne de madera  
y una mujer se dispone a parir.

Se sabe que nacimos.

Pero de la profunda sacudida  
de no ser a existir, a tener manos,  
a ver, a tener ojos,  
a comer y llorar y derramarse  
y amar y amar y sufrir y sufrir,  
de aquella transición o escalofrío  
del contenido eléctrico que asume  
un cuerpo más como una copa viva,  
y de aquella mujer deshabitada,  
la madre que allí queda con su sangre  
y su desgarradora plenitud  
y su fin y comienzo, y el desorden  
que turba el pulso, el suelo, las frazadas,  
hasta que todo se recoge y suma  
un nudo más el hilo de la vida,  
nada, no quedó nada en tu memoria  
del mar bravío que elevó una ola  
y derribó del árbol una manzana oscura.

No tienes más recuerdo que tu vida.

## **AL DIFUNTO POBRE**

A NUESTRO pobre enterraremos hoy:  
a nuestro pobre pobre.

Tan mal anduvo siempre  
que es la primera vez  
que habita este habitante.

Porque no tuvo casa, ni terreno,  
ni alfabeto, ni sábanas,  
ni asado,  
y así de un sitio a otro, en los caminos,  
se fue muriendo de no tener vida,  
se fue muriendo poco a poco  
porque esto le duró desde nacer.

Por suerte, y es extraño, se pusieron de acuerdo  
todos desde el obispo hasta el juez  
para decirle que tendrá cielo  
y ahora muerto, bien muerto nuestro pobre,  
ay nuestro pobre pobre  
no va a saber qué hacer con tanto, cielo.  
Podrá ararlo y sembrarlo y cosecharlo?

Él lo hizo siempre, duro  
peleó con los terrones,  
y ahora el cielo es suave para ararlo,  
y luego entre los frutos celestiales  
por fin tendrá lo suyo, y en la mesa  
a tanta altura todo está dispuesto  
para que coma cielo a dos carrillos  
nuestro pobre que lleva, por fortuna,  
sesenta años de hambre desde abajo  
para saciarla, al fin, como se debe,  
sin recibir más palos de la vida,  
sin que lo metan preso porque come,  
bien seguro en su caja y bajo tierra  
ya no se mueve para defenderse,  
ya no combatirá por su salario.  
Nunca esperó tanta justicia este hombre,  
de pronto lo han colmado y lo agradece:  
ya se quedó callado de alegría.

Qué peso tiene ahora el pobre pobre!  
Era de puro hueso y de ojos negros  
y ahora sabemos, por su puro peso,  
ay cuántas cosas le faltaron siempre,  
porque si este vigor anduvo andando,  
cavando eriales, arañando piedras,  
cortando trigo, remojando arcilla,  
moliendo azufre, transportando leña,  
si este hombre tan pesado no tenía  
zapatos, oh dolor, si este hombre entero  
de tendones y músculos no tuvo  
nunca razón y todos le pegaron,

todos lo demolieron, y aún entonces  
cumplió con sus trabajos, ahora llevándolo  
en su ataúd sobre nosotros,  
ahora sabemos cuánto le faltó  
y no lo defendimos en la tierra.

Ahora nos damos cuenta que cargamos  
con lo que no le dimos, y ya es tarde:  
nos pesa y no podemos con su peso.

Cuántas personas pesa nuestro muerto?

Pesa como este mundo, y continuamos  
llevando a cuestas este muerto. Es claro  
que el cielo es una gran panadería.

## A "LA SEBASTIANA"

YO CONSTRUÍ la casa.

La hice primero de aire.  
Luego subí en el aire la bandera  
y la dejé colgada  
del firmamento, de la estrella, de  
la claridad y de la oscuridad.

Cemento, hierro, vidrio,  
eran la fábula,  
valían más que el trigo y como el oro,  
había que buscar y que vender,  
y así llegó un camión:  
bajaron sacos  
y más sacos,  
la torre se agarró a la tierra dura  
—pero no basta, dijo el Constructor,  
falta cemento, vidrio, fierro, puertas—,  
y no dormí en la noche.

Pero crecía,  
crecían las ventanas  
y con poco,  
con pegarle al papel y trabajar  
y arremeterle con rodilla y hombro  
iba a crecer hasta llegar a ser,  
hasta poder mirar por la ventana,  
y parecía que con tanto saco  
podiera tener techo y subiría  
y se agarrara, al fin, de la bandera  
que aún colgaba del cielo sus colores.

Me dediqué a las puertas más baratas,  
a las que habían muerto  
y habían sido echadas de sus casas,  
puertas sin muro, rotas,  
amontonadas en demoliciones,  
puertas ya sin memoria,  
sin recuerdo de llave,  
y yo dije: "Venid  
a mí, puertas perdidas:  
os daré casa y muro  
y mano que golpea,  
oscilaréis de nuevo abriendo el alma,  
custodiaréis el sueño de Matilde  
con vuestras alas que volaron tanto."

Entonces la pintura  
llegó también lamiendo las paredes,  
las vistió de celeste y de rosado  
para que se pusieran a bailar.  
Así la torre baila,  
cantan las escaleras y las puertas,  
sube la casa hasta tocar el mástil,

pero falta dinero:  
faltan clavos,  
faltan aldabas, cerraduras, mármol.  
Sin embargo, la casa  
sigue subiendo  
y algo pasa, un latido  
circula en sus arterias:  
es tal vez un serrucho que navega  
como un pez en el agua de los sueños  
o un martillo que pica  
como alevoso cóndor carpintero  
las tablas del pinar que pisaremos.

Algo pasa y la vida continúa.

La casa crece y habla,  
se sostiene en sus pies,  
tiene ropa colgada en un andamio,  
y como por el mar la primavera  
nadando como náyade marina  
besa la arena de Valparaíso,

ya no pensemos más: ésta es la casa:

ya todo lo que falta será azul,

lo que ya necesita es florecer.

Y eso es trabajo de la primavera.

## ADIOSES

OH ADIOSES a una tierra y otra tierra,  
a cada boca y a cada tristeza,  
a la luna insolente, a las semanas  
que enrollaron los días y desaparecieron,  
adiós a esta y aquella voz teñida  
de amaranto, y adiós  
a la cama y al plato de costumbre,  
al sitio vespéral de los adioses,  
a la silla casada con el mismo crepúsculo,  
al camino que hicieron mis zapatos.

Me difundí, no hay duda,  
me cambié de existencias,  
cambié de piel, de lámpara, de odios,  
tuve que hacerlo  
no por ley ni capricho,  
sino que por cadena,  
me encadenó cada nuevo camino,  
le tomé gusto a tierra a toda tierra.

Y pronto dije adiós, recién llegado,  
con la ternura aún recién partida  
como si el pan se abriera y de repente  
huyera todo el mundo de la mesa.  
Así me fui de todos los idiomas,  
repetí los adioses como una puerta vieja,  
cambié de cine, de razón, de tumba,  
me fui de todas partes a otra parte,  
seguí siendo y siguiendo  
medio desmantelado en la alegría,  
nupcial en la tristeza,  
sin saber nunca cómo ni cuándo  
listo para volver, mas no se vuelve.

Se sabe que el que vuelve no se fue,  
y así la vida anduve y desanduve  
mudándome de traje y de planeta,  
acostumbrándome a la compañía,  
a la gran muchedumbre del destierro,  
a la gran soledad de las campanas.



## **PARA TODOS**

DE PRONTO no puedo decirte  
lo que yo te debo decir,  
hombre, perdóname, sabrás  
que aunque no escuches mis palabras  
no me eché a llorar ni a dormir  
y que contigo estoy sin verte  
desde hace tiempo y hasta el fin.

Yo comprendo que muchos piensen,  
y qué hace Pablo? Estoy aquí.  
Si me buscas en esta calle  
me encontrarás con mi violín  
preparado para cantar  
y para morir.

No es cuestión de dejar a nadie  
ni menos a aquellos, ni a ti,  
y si escuchas bien, en la lluvia,  
podrás oír  
que vuelvo y voy y me detengo.  
Y sabes que debo partir.

Si no se saben mis palabras  
no dudes que soy el que fui.  
No hay silencio que no termine.  
Cuando llegue el momento, espérame,  
y que sepan todos que llego  
a la calle, con mi violín.

## **LA PRIMAVERA**

EL PÁJARO ha venido  
a dar la luz:  
de cada trino suyo  
nace el agua.

Y entre agua y luz que el aire desarrollan  
ya está la primavera inaugurada.  
ya sabe la semilla que ha crecido,  
la raíz se retrata en la corola,  
se abren por fin los párpados del polen.

Todo lo hizo un pájaro sencillo  
desde una rama verde.

**A DON ASTERIO ALARCÓN,  
CRONOMETRISTA DE VALPARAÍSO**

OLOR a puerto loco  
tiene Valparaíso,  
olor a sombra, a estrella,  
a escama de la luna  
y a cola de pescado.  
El corazón recibe escalofríos  
en las desgarradoras escaleras  
de los hirsutos cerros:  
allí grave miseria y negros ojos  
bailan en la neblina  
y cuelgan las banderas  
del reino en las ventanas:  
las sábanas zurcidas,  
las viejas camisetas,  
los largos calzoncillos,  
y el sol del mar saluda los emblemas  
mientras la ropa blanca balancea  
un pobre adiós a la marinería.

Calles del mar, del viento,  
del día duro envuelto en aire y ola,  
callejones que cantan hacia arriba  
en espiral como las caracolas:  
la tarde comercial es transparente,  
el sol visita las mercaderías,  
para vender sonríe el almacén  
abriendo escaparate y dentadura,  
zapatos y termómetros, botellas  
que encierran noche verde,  
trajes inalcanzables, ropa de oro,  
funestos calcetines, suaves quesos,  
y entonces llego al tema  
de esta oda.

Hay un escaparate  
con su vidrio  
y adentro,  
entre cronómetros,  
don Asterio Alarcón, cronometrista.  
La calle hierve y sigue,  
arde y golpea,  
pero detrás del vidrio  
el relojero,  
el viejo ordenador de los relojes,  
está inmovilizado  
con un ojo hacia afuera,  
un ojo extravagante  
que adivina el enigma,  
el cardíaco fin de los relojes  
y escruta con un ojo  
hasta que la impalpable mariposa  
de la cronometría  
se detiene en su frente

y se mueven las alas del reloj.  
Don Asterio Alarcón es el antiguo  
héroe de los minutos  
y el barco va en la ola  
medido por sus manos  
que agregaron  
responsabilidad al minuterero,  
pulcritud al latido:  
Don Asterio en su acuario  
vigiló los cronómetros del mar,  
aceitó con paciencia  
el corazón azul de la marina.  
Durante cincuenta años,  
o dieciocho mil días,  
allí pasaba el río  
de niños y varones y mujeres  
hacia harapientos cerros o hacia el mar,  
mientras el relojero,  
entre relojes,  
detenido en el tiempo,  
se suavizó como la nave pura  
contra la eternidad de la corriente,  
serenó su madera,  
y poco a poco el sabio  
salió del artesano,  
trabajando  
con lupa y con aceite  
limpió la envidia, descartó el temor,  
cumplió su ocupación y su destino,  
hasta que ahora el tiempo,  
el transcurrir temible,  
hizo pacto con él, con don Asterio,  
y él espera su hora de reloj.

Por eso cuando paso  
la trepidante calle,  
el río negro de Valparaíso,  
sólo escucho un sonido entre sonidos,  
entre tantos relojes uno solo:  
el fatigado, suave, susurrante  
y antiguo movimiento  
de un gran corazón puro:  
el insigne y humilde  
tic tac de don Asterio.

## ODA A ACARIO COTAPOS

DE ALGÚN total sonoro  
llegó al mundo Cotapos,  
llegó con su planeta,  
con su trueno,  
y se puso a pasear por las ciudades  
desenrollando el árbol de la música,  
abriendo las bodegas del sonido.

Silencio! Caerá la ciudadela  
porque de su insurrecta artillería  
cuando menos se piensa y no se sabe  
vuela el silencio súbito del cisne  
y es tal el resplandor  
que a su medida  
toda el agua despierta,  
todo rumor se ha convertido en ola,  
todo salió a sonar con el rocío.

Pero, cuidado, cuidemos  
el orden de esta oda  
porque no sólo el aire se decide  
a acompañar el peso de su canto  
y no sólo las aves victoriosas  
levantaron su vuelo en el estuario,  
sino que entró y salió de las bodegas,  
asimiló motores,  
de la electricidad sacó la aurora  
y la vistió de pompa y poderío.  
Y aún más, de la tiniebla primordial  
el músico regresa  
con el lobo y el pasto pastoril,  
con la sangre morada del centauro,  
con el primer tambor de los combates  
y la gravitación de las campanas.

Llega y sopla en su cuerno  
y nos congrega,  
nos cuenta,  
nos inventa,  
nos miente,  
nos revela,  
nos ata a un hilo sabio, a la sorpresa  
de su certera lengua fabulosa,  
nos equivoca y cuando  
se va a apagar levanta  
la mano y cae y sigue  
la catarata insigne de su cuento.

Conocí de su boca  
la historia natural de los enigmas,  
el ave corolario,  
el secreto teléfono  
de los gatos, el viejo río  
Missisipí con naves de madera,

el verdugo de Iván el Terrible,  
la voz ancha de Boris Godunov,  
las ceremonias de los ornitólogos  
cuando lo condecoran en París,  
el sagrado terror al hombre flaco,  
el húmedo micrófono del perro,  
la invocación nefasta  
del señor Puga Borne,  
el fox hunting en el condado  
con chaquetilla roja y cup of tea,  
el pavo que viajó a Leningrado  
en brazos del benigno don Gregorio,  
el desfile de los bolivianitos,  
Ramón con su profundo calamar  
y, sobre todo, la fatal historia  
que Federico amaba  
del Jabalí Cornúpeto  
cuando  
resoplando y roncando  
creció y creció la bestia fabulosa  
hasta que su irascible corpulencia  
sobrepasó los límites de Europa  
e inflada como inmenso Zeppelin  
viajó al Brasil, en donde  
agrimensores, ingenieros,  
con peligro evidente de sus vidas,  
la descendieron junto al Amazonas.

Cotapos, en tu música  
se recompuso la naturaleza,  
las aguas naturales,  
la impaciencia del trueno,  
y vi y toqué la luz en tus preludios  
como si fueran hijos  
de un cometa escarlata,  
y en esa conmoción de tus campanas,  
en esas fugas de tormenta y faro  
los elementos hallan su medida  
fraguando los metales de la música.

Pero hallé en tu palabra  
la invicta alevosía  
del destructor de mitos y de platos,  
la inesperada asociación que encuentra  
en su camino el zorro hacia las uvas  
cuando huele aire verde o pluma errante,  
y no sólo  
eso, sino  
más:  
la sinaleta eléctrica que muda  
toda visión y cambian las palomas.

Tú, poeta sin libros,  
juntaste en vida el canto irrespetuoso,  
la palabra que salta de su cueva  
donde yació sin sueño  
y transformaste para mí el idioma

en un derrumbe de cristalerías.

Maestro, compañero,  
me has enseñado tantas cosas claras  
que donde estoy me das tu claridad.

Ahora,  
escribo un libro de lo que yo soy  
y en este soy, Acario, eres conmigo.

## REGRESÓ EL CAMINANTE

EN PLENA calle me pregunto, dónde  
está la ciudad? Se fue, no ha vuelto.  
Tal vez ésta es la misma, y tiene casas,  
tiene paredes, pero no la encuentro.  
No se traía de Pedro ni de Juan,  
ni de aquella mujer, ni de aquel árbol,  
ya la ciudad aquella se enterró,  
se metió en un recinto subterráneo  
y otra hora vive, otra y no la misma,  
ocupando la línea de las calles,  
y un idéntico número en las casas.

El tiempo entonces, lo comprendo, existe,  
existe, ya lo sé, pero no entiendo  
cómo aquella ciudad que tuvo sangre,  
que tuvo tanto cielo para todos,  
y de cuya sonrisa a mediodía  
se desprendía un cesto de ciruelas,  
de aquellas casas con olor a bosque  
recién cortado al alba con la sierra,  
que seguía cantando junto al agua  
de los aserraderos montañosos,  
todo lo que era suyo y era mío,  
de la ciudad y de la transparencia,  
se envolvió en el amor como un secreto  
y se dejó caer en el olvido.

Ahora donde estuvo hay otras vidas,  
otra razón de ser y otra dureza:  
todo está bien, pero por qué no existe?  
Por qué razón aquel aroma duerme?

Por qué aquellas campanas se callaron  
y dijo adiós la torre de madera?

Tal vez en mí cayó casa por casa  
la ciudad, con bodegas destruidas  
por la lenta humedad, por el transcurso,  
en mí cayó el azul de la farmacia,  
el trigo acumulado, la herradura  
que colgó de la talabartería,  
y en mí cayeron seres que buscaban  
como en un pozo el agua oscura.

Entonces yo a qué vengo, a qué he venido.  
Aquella que yo amé entre las ciruelas  
en el violento estío, aquella clara  
como un hacha brillando con la luna,  
la de ojos que mordían  
como ácido el metal del desamparo  
ella se fue, se fue sin que se fuese,  
sin cambiarse de casa ni frontera,  
se fue en sí misma, se cayó en el tiempo  
hacia atrás, y no cayó en los míos



cuando abría, tal vez, aquellos brazos  
que apretaron mi cuerpo, y me llamaba  
a lo largo, tal vez, de tantos años,  
mientras yo en otra esquina del planeta  
en mi distante mal me sumergía.

Acudiré a mí mismo para entrar,  
para volver a la ciudad perdida.  
En mí debo encontrar a los ausentes,  
aquel olor de la maderería,  
sigue creciendo sólo en mí tal vez  
el trigo que temblaba en la ladera  
y en mí debo viajar buscando aquella  
que se llevó la lluvia, y no hay remedio,  
de otra manera nada vivirá,  
debo cuidar yo mismo aquellas calles  
y de alguna manera decidir  
dónde plantar los árboles, de nuevo.

## ALSTROMOERIA

EN ESTE MES de enero la alstromoeria,  
la sepultada flor, la sumergida,  
de su secreto sube hacia los páramos.  
Y amaneció rosado el roquerío.

Mis ojos reconocen  
su marca triangular sobre la arena.  
Yo me pregunto  
viendo  
el diente pálido  
de un pétalo, el regazo  
perfecto de sus íntimos lunares,  
el suave fuego de su simetría,  
cómo se preparó bajo la tierra?  
Cómo donde no había sino polvo,  
pedruscos o ceniza  
surgió incitante, pura, aderezada,  
encrespando en la vida su hermosura?  
Cómo fue aquel trabajo subterráneo?  
Cuándo se unió la forma con el polen?  
Cómo a la oscuridad  
llegó el rocío  
y ascendió con la tierna llamarada  
de la flor repentina  
hasta que se tejieron gota a gota,  
hilo por hilo las regiones secas  
y por la luz rosada  
pasó el aire esparciendo la fragancia  
como si allí naciera  
de pura tierra seca y abandono  
fecundidad florida,  
frescura por amor multiplicada?

Así pensé en enero  
mirando el seco ayer mientras ahora  
tímida y crespada crece  
la tierna multitud de alstromoeria:  
y donde piedra y páramo  
estuvieron  
pasa el viento en su nave navegando  
las olas olorosas.

## INDAGACIONES

PREGUNTÉ a cada cosa  
si tenía  
algo más,  
algo más que la estructura  
y así supe que nada era vacío:  
todo era caja, tren, barco cargado  
de multiplicaciones,  
cada pie que pasó por un sendero  
dejó escrito en la piedra un telegrama  
y la ropa en el agua del lavado  
dejó caer en gotas su existencia:  
de clima en clima fui sin saber nunca  
dónde dejar mi atado que pesaba  
con los conocimientos que cargué,  
hasta que tanto ver y conocer,  
andar y andar, pregunta que pregunta  
a cada silla, a cada piedra, y luego  
a tantos hombres que no respondieron,  
me acostumbraron a contestar solo:  
a responderme sin haber hablado:  
a conversar con nadie y divertirme.  
Era tal vez lo que sucede al ciego  
que de tanto no ver ya lo ve todo  
y a un solo punto  
mira  
con la insistencia sólida del buzo  
que baja a un solo pozo del océano  
y allí todos los peces se congregan.

Pues bien, cuando dejé  
de sacudir la tierra  
y mover cada cosa de su sitio  
pensé que cada cual me halagaría  
con un pequeño gracias o sonrisa  
o parabién o paracualquier cosa,  
mas no fue así y aquellos habitantes  
de la ciudad terrible  
alargaron un dedo,  
un largo dedo muerto hacia mi vida  
y con un ojo impune,  
con un ojo de cíclope castrado  
me vigilaron cuidadosamente:  
"Disfruta de sus rentas clandestinas",  
dijo un astuto y criminal cadáver.  
"Tiene automóvil", dijo una beata  
con un escalofrío de dolor.  
Y otro pasó vestido de poeta,  
elegante y colérico conmigo  
porque yo no cambiaba de camisa  
y no tenía amor por su gerente.  
Me dije, pues, las cosas de este modo  
siguen siendo y tal vez  
tienen razón:  
pero de tan malvado

me resolví a seguir sin saber nada,  
sin reclamar dos ojos por un ojo,  
ni una mano por uña:  
me decreté la dicha interminable  
de que hablaran los pueblos por mi canto.

## C.O.S.C.

HA MUERTO este mi amigo que se llamaba Carlos,  
no importa quién, no pregunten, no saben,  
tenía la bondad del buen pan en la mesa  
y un aire melancólico de caballero herido.

No es él y es él, es todo, es la muerte que toca  
la puerta,  
de puro bueno salió a abrirle Carlos,  
y entre tantos que abrieron esa noche la puerta  
él solo quedó afuera,  
él entre tantos hombres ahora ya no vuelve.  
Y su ausencia me hiere como si me llamara,  
como si continuara en la sombra esperándome.

Yo si hubiera escogido para este fin de un día  
un dolor entre tantos que me acechan  
no hubiera separado de la noche su rostro,  
injustamente hubiera pasado sin recuerdo,  
sin nombrarlo, y así no hubiera muerto  
para mí, su cabeza continuaría gris  
y sus tranquilos ojos que ahora ya no miran  
seguirían abiertos en las torres de México.

De la muerte olvidar el más reciente ramo,  
desconocer el rumbo, la proa o la bodega  
en que mi amigo viaja solo o amontonado  
y a esta hora creerlo aún dueño del día,  
aún dueño de aquella claridad sonriente  
que repartió entre tantas tareas y personas.

Escribo estas palabras en mi libro pensando  
que este desnudo adiós en que no está presente,  
esta carta sencilla que no tiene respuesta,  
no es nada sino polvo, nube, tinta, palabras  
y la única verdad es que mi amigo ha muerto.

## **LA NOCHE EN ISLA NEGRA**

ANTIGUA NOCHE y sal desordenada  
golpean las paredes de mi casa:  
sola es la sombra, el cielo  
es ahora un latido del océano,  
y cielo y sombra estallan  
con fragor de combate desmedido:  
toda la noche luchan  
y nadie sabe el nombre  
de la cruel claridad que se irá abriendo  
como una torpe fruta:  
así nace en la costa,  
de la furiosa sombra, el alba dura,  
mordida por la sal en movimiento,  
barrida por el peso de la noche,  
ensangrentada en su cráter marino.

## CARDO

EN  
el  
verano  
del  
largo  
litoral,  
por  
polvorientas  
leguas  
y  
caminos  
sedientos  
nacen las explosiones  
del cardo azul de Chile.  
Espolón  
errabundo,  
gran agujón de moscardón morado,  
pequeño pabellón de la hermosura,  
todo el azul  
levanta  
una  
copa  
violeta  
Y,  
árido,  
hostil,  
amargo,  
el  
seco  
suelo  
defiende  
el fuego azul  
con  
sus  
espinas,  
erizado  
como un  
alambre  
y terco,  
como  
cerco  
de ricos,  
el  
cardo  
se  
amontona  
en  
la  
agresiva  
fecundidad  
del  
matorral  
salvaje  
y empina

hacia  
la indómita belleza  
del territorio seco,  
circundado  
por vago cielo frío,  
la sedición  
azul  
de sus corolas  
como  
invitando,  
como desafiando,  
con un azul  
más  
duro  
que  
una  
espada  
a  
todos  
los azules  
de  
la  
tierra.



## PASADO

TENEMOS que echar abajo el pasado  
y como se construye  
piso por piso, ventana a ventana,  
y sube el edificio  
así bajando vamos  
primero tejas rotas,  
luego orgullosas puertas,  
hasta que del pasado  
sale polvo  
como si se golpeará  
contra el suelo,  
sale humo  
como si se quemara,  
y cada nuevo día  
reluce  
como un plato  
vacío:  
hay nada, no hubo nada:  
hay que llenarlo  
de nuevas nutriciones  
espaciosas,  
entonces, hacia abajo  
cae el día de ayer  
como en un pozo  
al agua del pasado,  
a la cisterna  
de lo que ya no tiene voz ni fuego.  
Es difícil  
acostumbrar los huesos  
a perderse,  
los ojos  
a cerrarse  
pero  
lo hacemos  
sin saberlo:  
todo era vivo,  
vivo, vivo, vivo  
como un pez escarlata  
pero el tiempo  
pasó con trapo y noche  
y fue borrando  
el pez y su latido:  
al agua al agua al agua  
va cayendo el pasado  
aunque se agarre  
a espinas  
y raíces:  
se fue se fue y no valen  
los recuerdos:  
ya el párpado sombrío  
cubrió la luz del ojo  
y aquello que vivía  
ya no vive:  
lo que fuimos no somos.

Y la palabra aunque las letras tengan  
iguales transparencias y vocales  
ahora es otra y es otra la boca:  
la misma boca es otra boca ahora:  
cambiaron labios, piel, circulaciones,  
otro ser ocupó nuestro esqueleto:  
aquel que fue en nosotros ya no está:  
se fue, pero si llaman, respondemos  
"Aquí estoy" y se sabe que no estamos,  
que aquel que estaba, estuvo y se perdió:  
se perdió en el pasado y ya no vuelve.

## A E.S.S.

CINCO años  
de E.,  
luego seis años,  
ahora nueve y medio  
siempre aquí entre las algas  
de Isla Negra,  
entre ola y ola un niño  
con la curiosidad del universo  
que se abre aquí como corola verde  
con todo el mar  
golpeando los ojos peregrinos  
y, hierba de agua y cerro,  
un año más de Enrique  
de Segura,  
de Salazar, el nieto de don Cloro.  
Sabrás más tarde  
que vi  
cómo crecías,  
como si me mirara  
una pestaña,  
algo íntimo,  
interno como el pulso,  
y cada vez de tan largos transcurros  
al ir a poner pie sobre mi arena  
creciendo  
apareciste  
y subían tus meses,  
tus años, uno a uno, de la tierra  
y entrabas en la casa  
con más tiempo en los ojos  
y más piernas,  
un centímetro más que levantaba  
tu corazón de pájaro con trinos  
un poco más arriba hacia el follaje,  
hacia el árbol oscuro de la vida.  
Y ahora con nueve años  
de Enrique  
aquí en el abandono de la costa  
oh pequeño astronauta  
te pregunto, y pregunto:  
volarás en tu nave  
alguna vez,  
veloz como ninguno entre los ojos  
de Orión que parpadean  
invitándote?  
Irás tu carro ardiendo  
por las calles de las constelaciones,  
nos traerás las algas de la luna,  
de Aldebarán la piedra misteriosa,  
y de la Osa Mayor una guitarra?  
Ay niño  
de esta arena,  
Enrique de estos páramos marinos,  
tal vez no irás adonde,

ni volverás jamás del sinembargo  
y entre dunas y adobes  
transcurrirá la línea  
de una vida, terrón de arcilla espesa  
sin castillo ni luna,  
línea quebrada como  
el litoral  
herido  
que desangra entre las piedras perdidas  
las llaves de la cólera, la espuma  
del vaivén tumultuoso  
que viene y va y se queda  
convertido en la arena  
del olvido.

## AL MISMO PUERTO

VALPARAÍSO tiene hilos,  
copas de largo alcance,  
redes entrelazadas.  
Y bajo la espesura  
de todo el mar cuando se desarrolla  
y crecen una a una las escamas  
de solitarios peces,  
o donde los arpones  
ensangrentados duermen palpitando  
sueños de sal y sangre.  
O más allá, en el pecho  
del poeta,  
Valparaíso cava  
y busca y halla  
y abre y deja  
una red emboscada  
en la firmeza:  
entonces vuelan imprevistas lanzas,  
máquinas  
amarillas,  
los hambrientos petreles,  
la habitación sin rumbo  
entre los cerros,  
sostenida  
por un pétalo puro de pintura.  
Y también en el cielo  
el ave atardecida,  
o el ciclónico avión endurecido  
como bala de luna,  
todo  
arriba  
recibe  
la emanación portuaria,  
y sigilosa  
la estrella se dirige  
a la pobre bahía,  
a las casas colgadas,  
al duelo, al desamparo,  
a la alegría  
del fin del mar, de la sirena pobre,  
de la ciudad marina  
que el océano atroz no desmorona  
ni sepultó el castigo de la tierra.  
Tiene Valparaíso  
correspondencias negras con el viento,  
deudas con el rocío,  
agujeros que no tienen respuestas,  
explícitos alcaldes que pasean  
perritos tristes al atardecer,  
domingos silenciosos de sarcófago;  
pero no importa, todo  
se comprende  
cuando por tierra o mar o cielo o hilo  
se siente un golpe como

cucharada;  
algo llama, algo cae,  
polvo frágil de sueño,  
latido o luz del agua,  
imperceptible  
signo,  
harina o sal nocturna.  
Y allí mismo doblamos  
la mirada  
hacia Valparaíso.

## **A LA TRISTEZA II**

Tristeza, necesito  
tu ala negra,  
tanto sol, tanta miel en el topacio,  
cada rayo sonríe  
en la pradera  
y todo es luz redonda en torno mío,  
todo es abeja eléctrica en la altura.  
Por eso  
tu ala negra  
dame,  
hermana tristeza:  
necesito que alguna vez se apague  
el zafiro y que caiga  
la oblicua enredadera de la lluvia,  
el llanto de la tierra;  
quiero  
aquel madero roto en el estuario,  
la vasta casa a oscuras  
y mi madre  
buscando  
parafina  
y llenando la lámpara  
hasta no dar la luz sino un suspiro.

La noche no nacía.

El día resbalaba  
hacia su cementerio provinciano,  
y entre el pan y la sombra  
me recuerdo  
a mí mismo  
en la ventana  
mirando lo que no era,  
lo que no sucedía  
y un ala negra de agua que llegaba  
sobre aquel corazón que all  tal vez  
olvid  para siempre, en la ventana.

Ahora echo de menos  
la luz negra.

Dame tu lenta sangre,  
lluvia  
fría,  
dame tu vuelo atónito!  
A mi pecho  
devu lele la llave  
de la puerta cerrada,  
destruida.

Por un minuto, por  
una corta vida,  
qu tame luz y déjame  
sentirme

perdido y miserable,  
temblando entre los hilos  
del crepúsculo,  
recibiendo en el alma  
las manos  
temblorosas  
de  
la  
lluvia.



## **SUMARIO**

ESTOY CONTENTO con tantos deberes  
que me impuse, en mi vida  
se amasaron extraños materiales:  
tiernos fantasmas que me despeinaban,  
categóricas manos minerales,  
un viento sin razón que me agitaba,  
la espina de unos besos lacerantes, la dura realidad  
de mis hermanos,  
mi deber imperioso de vigía,  
mi inclinación a ser sólo yo mismo  
en la debilidad de mis placeres,  
por eso —agua en la piedra— fue mi vida  
cantando entre la dicha y la dureza.

## EL PUEBLO

AQUEL HOMBRE me acuerdo y no han pasado  
dos siglos desde que lo vi,  
no anduvo ni a caballo ni en carroza:  
a puro pie  
deshizo  
las distancias  
y no llevaba espada ni armadura,  
sino redes al hombro,  
hacha o martillo o pala,  
nunca apaleó a ninguno de su especie:  
su hazaña fue contra el agua o la tierra,  
contra el trigo para que hubiera pan,  
contra el árbol gigante para que diera leña,  
contra los muros para abrir las puertas,  
contra la arena construyendo muros  
y contra el mar para hacerlo parir.

Lo conocí y aún no se me borra.  
Cayeron en pedazos las carrozas,  
la guerra destruyó puertas y muros,  
la ciudad fue un puñado de cenizas,  
se hicieron polvo todos los vestidos,  
y él para mí subsiste,  
sobrevive en la arena,  
cuando antes parecía  
todo imborrable menos él.

En el ir y venir de las familias  
a veces fue mi padre o mi pariente  
o apenas si era él o si no era  
tal vez aquel que no volvió a su casa  
porque el agua o la tierra lo tragan  
o lo mató una máquina o un árbol  
o fue aquel enlutado carpintero  
que iba detrás del ataúd, sin lágrimas,  
alguien en fin que no tenía nombre,  
que se llamaba metal o madera,  
y a quien miraron otros desde arriba  
sin ver la hormiga  
sino el hormiguero  
y que cuando sus pies no se movían,  
porque el pobre cansado había muerto,  
no vieron nunca que no lo veían:  
había ya otros pies en donde estuvo.  
Los otros pies eran él mismo,  
también las otras manos,  
el hombre sucedía:  
cuando ya parecía transcurrido  
era el mismo de nuevo,  
allí estaba otra vez cavando tierra,  
cortando tela, pero sin camisa,  
allí estaba y no estaba, como entonces,  
se había ido y estaba de nuevo,  
y como nunca tuvo cementerio,

ni tumba, ni su nombre fue grabado  
sobre la piedra que cortó sudando,  
nunca sabía nadie que llegaba  
y nadie supo cuando se moría,  
así es que sólo cuando el pobre pudo  
resucitó otra vez sin ser notado.

Era el hombre sin duda, sin herencia,  
sin vaca, sin bandera,  
y no se distinguía entre los otros,  
los otros que eran él,  
desde arriba era gris como el subsuelo,  
como el cuero era pardo,  
era amarillo cosechando trigo,  
era negro debajo de la mina,  
era color de piedra en el castillo,  
en el barco pesquero era color de atún  
y color de caballo en la pradera:  
cómo podía nadie distinguirlo  
si era el inseparable, el elemento,  
tierra, carbón o mar vestido de hombre?

Donde vivió crecía  
cuanto el hombre tocaba:  
la piedra hostil,  
quebrada  
por sus manos,  
se convertía en orden  
y una a una formaron  
la recta claridad del edificio,  
hizo el pan con sus manos,  
movilizó los trenes,  
se poblaron de pueblos las distancias,  
otros hombres crecieron,  
llegaron las abejas,  
y porque el hombre crea y multiplica  
la primavera caminó al mercado  
entre panaderías y palomas.

El padre de los panes fue olvidado,  
él que cortó y anduvo, machacando  
y abriendo surcos, acarreando arena,  
cuando todo existió ya no existía,  
él daba su existencia, eso era todo.  
Salió a otra parte a trabajar, y luego  
Se fue a morir rodando  
como piedra del río:  
aguas abajo lo llevó la muerte.

Yo, que lo conocí, lo vi bajando  
hasta no ser sino lo que dejaba:  
calles que apenas pudo conocer,  
casas que nunca y nunca habitaría.

Y vuelvo a verlo, y cada día espero,

Lo veo en su ataúd y resurrecto.

Lo distingo entre todos  
los que son sus iguales  
y me parece que no puede ser,  
que así no vamos a ninguna parte,  
que suceder así no tiene gloria.

Yo creo que en el trono debe estar  
este hombre, bien calzado y coronado.

Creo que los que hicieron tantas cosas  
deben ser dueños de todas las cosas.

Yos que hacen el pan deben comer!

Y deben tener luz los de la mina!

Basta ya de encadenados grises!

Basta de pálidos desaparecidos!

Ni un hombre más que pase sin que reine.

Ni una sola mujer sin su diadema.

Para todas las manos guantes de oro.

Frutas del sol a todos los oscuros!

Yo conocí aquel hombre y cuando pude,  
cuando ya tuve ojos en la cara,  
cuando ya tuve la voz en la boca  
lo busqué entre las tumbas y le dije  
apretándole un brazo que aún no era polvo:

"Todos se irán, tú quedarás viviente.

Tú encendiste la vida.

Tú hiciste lo que es tuyo."

Por eso nadie se molestó cuando  
parece que estoy solo y no estoy solo,  
no estoy con nadie y hablo para todos:

Alguien me está escuchando y no lo saben,  
pero aquellos que canto y que lo saben  
siguen naciendo y llenarán el mundo.

## **PLENOS PODERES**

A PURO SOL escribo, a plena calle,  
a pleno mar, en donde puedo canto,  
sólo la noche errante me detiene  
pero en su interrupción recojo espacio,  
recojo sombra para mucho tiempo.

El trigo negro de la noche crece  
mientras mis ojos miden la pradera  
y así de sol a sol hago las llaves:  
busco en la oscuridad las cerraduras  
y voy abriendo al mar las puertas rotas  
hasta llenar armarios con espuma.

Y no me canso de ir y de volver,  
no me para la muerte con su piedra,  
no me canso de ser y de no ser.

A veces me pregunto si de dónde,  
si de padre o de madre o cordillera  
heredé los deberes minerales,

los hilos de un océano encendido  
y sé que sigo y sigo porque sigo  
y canto porque canto y porque canto.

No tiene explicación lo que acontece  
cuando cierro los ojos y circulo  
como entre dos canales submarinos,  
uno a morir me lleva en su ramaje  
y el otro canta para que yo cante.

Así pues de no ser estoy compuesto  
y como el mar asalta el arrecife  
con cápsulas saladas de blancura  
y retrata la piedra con la ola,  
así lo que en la muerte me rodea  
abre en mí la ventana de la vida  
y en pleno paroxismo estoy durmiendo.  
A plena luz camino por la sombra.